

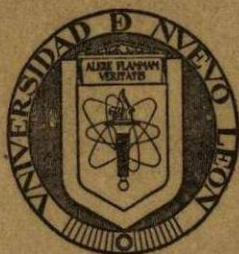
HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



*Capilla de San Marcos
Biblioteca Universitaria*

11



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1970

nos proclama "bienaventurados" mostrando la recompensa de la gnosis (X, 92, 1 y 2). Por fin 4) nos conduce a la *penitencia* (*metánoia*) "porque nos quiere salvos" (X, 93, 1). Y así sea por la vía de la exhortación y la alabanza o de la prohibición y la reprensión, el Pedagogo muestra su amor por los hombres y, porque les ama les educa; más aún, las formas de su método educativo no deben ser entendidas como puras palabras exteriores de Dios sino como vocaciones *interiores*, llamados adecuados a la naturaleza inefable de cada hombre; por eso el Logos es el Pedagogo de la historia de la humanidad. El Logos de Dios, siendo Dios, es esencialmente creíble, es decir, merece nuestra fe total según Clemente, porque posee, además, la ciencia (*epistéme*), la benevolencia (*eunomia*) y la autoridad (*paresía*) (*ib.*, XI, 97, 3). Atributos todos del Hijo porque es la sabiduría del Padre, porque la autoridad es propia de Dios Creador y benevolencia porque solamente El se donó como hostia a nosotros. Así emerge la historia humana y se desarrolla desde la formación del hombre por la educación del Logos por el cual los hombres se asemejan a Dios. Por lo tanto, la historia aparece como la corrección del pecado y el rechazo de esa corrección; el pecado como lo "contrario a la razón recta" (*ib.*, XIII, 101, 1) como decían los estoicos, pero que, al menos, concluyamos nosotros, patentiza la libertad del hombre; por tanto, la historia de la humanidad dirigida por el Logos es siempre la *historia de la libertad humana*. El Pedagogo se ocupa no de anular, sino de guiar la libertad de la persona desde la exhortación hasta el vituperio en un repetido y amoroso llamado interior.

La historia entonces, en cuanto *desarrollo educativo de la infancia espiritual del hombre*, no es "historia universal" en el sentido empleado por los modernos sino, más bien, historia de la persona concreta; pero, como en el pensamiento de Clemente, para que haya historia, es decir, desarrollo, es menester la acción pedagógica del Logos (que puedo por cierto rechazar), se sigue claramente que *historia y pedagogía* (en el sentido antiguo) se identifican. Y este proceso, como que es, precisamente, *proceso pedagógico*, implica un progreso, un incremento o enriquecimiento del proceso mismo desde la acción del Logos *protreptikós* (primera manifestación del Logos); y, si es así, el proceso pedagógico como plena formación del hombre se abre y debe acceder a la vida didascálica en la cual el divino Maestro (no ya el mero Pedagogo) cuenta al oído interior del hombre los misterios de su vida infinita. Y, por eso mismo, el proceso solamente se logra en plenitud (perfecta educación del hombre) en la presencia de la eternidad (allende el tiempo histórico y allende el mismo proceso pedagógico) donde, cara a cara, se escucha al Logos *didaskalikós*. El es Quien compone, al cabo, el "nuevo canto" que Clemente barruntaba en las cosas de este tiempo.

ORTEGA CONTRA UNAMUNO

DR. JOSÉ SALVADOR GUANDIQUE
Univ. de El Salvador, San Salvador

EL ANÁLISIS DE LAS POLÉMICAS es esclarecedor y significativo. En México han menudeado y así, para citar algunos ejemplos, el Maestro Caso debatió muchas veces, con Ramos,¹ Lombardo, Junco y Pallares, sirviendo tales encuentros ideológicos en el camino de perfilar puntos de vista y decidir posiciones. La disputa de Ortega con Unamuno posee no sólo el interés de sus egregios contendientes sino la indiscutible importancia de confrontar dos concepciones tanto filosóficas como por la manera de considerar cada uno, su España.

Constituye simple eufemismo —y no de los mejores— salir con el machacón rubro de las relaciones entre Unamuno y Ortega, cuando todo mundo sabe que éste estuvo en amplia guerra en contra de aquél, cuanto media de vasco a madrileño. El uno pretendía españolizar a Europa y el otro europeizar a España. Estaban en actitudes totalmente opuestas.

A don Miguel, terriblemente obsesionado, de San Agustín a Kierkegaard pasando por San Juan de la Cruz, no le inquietaban las objeciones académicas orteguianas y menos vestir el pardo sayal de Juan de Yepes. A Unamuno *le dolía España*, consideraba a don Quijote más histórico que Cervantes, planteaba en su giro los problemas cardinales del existencialismo, perseguía la acepción de los vocablos y andaba perdido en sus soliloquios por las aulas de Salamanca. En vida o muerte, Unamuno persistía, agónicamente, en eterna lucha con los demás y consigo mismo, antitodista por vocación, falto de tiempo para elaborar paradojas o metáforas, al grado que

¹ En "Samuel Ramos —Trayectoria filosófica y Antología de textos" por el doctor Agustín Basave Fernández del Valle, a p. 12, viene expuesta "La Polémica entre Antonio Caso y Samuel Ramos" —Centro de Estudios Humanísticos, Universidad de Nuevo León, México, 1965— no sólo en detalles sino calibrando a los rivales e infiriendo conclusiones.

el sentimiento trágico de la vida bien pudo llamarse el sentimiento trágico de la muerte.

Al contrario, Ortega dueño de un apellido ya resonante, Ortega y Munilla su padre, con elegancia a veces un tanto frívola, rodeado de discípulos y admiradores, en el ambiente de Madrid, timoneando la Revista de Occidente, conferenciante sin par que arrobaba, por igual, a los estudiosos como a la aristocracia matritense, más en la tertulia que en el ensimismamiento, decidido a crear Escuela y a que su nombre resonara más allá de los Pirineos, con formación universitaria en Marburgo, donde fue a abreviar en Cohen y Natorp, dueño de un estilo mágico, postulaba la deshumanización del arte.²

Unamuno, en su pasión por ser "un instrumento para contribuir a la renovación espiritual de España", irrequieto, misional, no formaba Escuela ni alumnos organizadamente, conformándose con levantar su verbo encendido, visceral, contradiciéndose porque, cual clamó, tenía ese derecho.³

Ortega, haciendo traducir obras del alemán, persuadido de que la luz vendría de Berlín, a través de Spengler, Scheler, Kant... y sus enfoques respondían a sus años de iniciación, veía a España con otros ojos. De ahí que el choque era de esperarse. Y llegó interesante, duro, sugerente...

Don José expresó alguna vez en los preludios de la querrela: "Y aunque no esté conforme con su método (y cómo iba a estarlo, preguntamos nosotros, interrumpiendo) soy el primero en admirar el atractivo extraño de su figura, silueta descompasada de místico energúmeno que se lanza sobre el fondo siniestro y estéril del achabacanamiento peninsular martillando con el tronco de encina de su yo sobre las testas celtibéricas".

El párrafo resulta típicamente orteguiano: elegante, con algo de loa y un poco de desdén, fluído. Pronto vendría la inicial confrontación.

En forma sintética, abreviadísima pues el espacio apremia, contamos ya con los datos primordiales que nos llevarán a la alternativa, la cual no tardó en surgir.

² La adoración, porque eso era para Ortega puede calcularse en esta dedicatoria de la novela "El Secreto del Acueducto" —*Obras Selectas*, Ed. Plenitud, Madrid, 1947, p. 3—: "A don José Ortega Gasset, gran pensador ibérico y porque sin seudoclasicismo y sin esa torcedura mal intencionada que abunda en los escritores de hoy, ha dicho usted y escrito sentencias rebosantes de clara y simpática humanidad dignas de descollar tanto en aquel tiempo en que se construyó el acueducto como en el presente y el futuro, me atrevo a dedicarle esta obra, amparándome en la elevada grandeza del tema hispano que la inspira. RAMÓN". Es detalle sin desperdicio, de Gómez de la Serna, barroco si los hay...

³ En "Ensayo sobre lo que le pasó a Aristóteles con los principios", muy conocido, Ortega se mofa, despiadadamente, del Estagirita, pues éste creía en el principio de contradicción. ¿Cuáles serían los principios lógicos fundamentales del raciovitalista?

Allá por el año de 1909 (dos después de aquello de místico energúmeno, apostillamos) solía contar el propio don Miguel la anécdota a sus íntimos, llegó a Salamanca don José con el propósito de iniciar un movimiento de regeneración nacional, situando a su frente a Unamuno.

Entrevistaron ambas eminencias. Tomó la palabra Ortega. Oíale don Miguel en silencio, silencio no raro en él cuando se proponía callar. Propuso el proyectista su amplio plan de regeneración española. Reiteró una y otra vez lo dicho, hasta que al fin lo calló don Miguel con un gesto muy suyo y muy expresivo y le dijo por toda réplica: Le he entendido bien, don José. Quiere usted que yo sea el padre del movimiento y usted el espíritu. ¿No es así? Bueno, sépase que yo soy la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Ni Benítez ni los que conocieron el suceso agregan qué ripostó Ortega, quien desde luego salió completamente defraudado. Y el distanciamiento comenzó sin límites.

Don José inicia las hostilidades: "Pero en fin todo esto de Unamuno carece de importancia, ese hombre cree que se funda una religión así en dos paletas sin más ni más, haciendo media docena de cabriolas o pegando cuatro gritos o diciendo recuso, remejar y desentonar. A otra cosa". Desde luego Ortega estaba más que dolido por el salmantino desaire y explotó.⁴

Y en otra oportunidad, también don José: "Mi estado de perpetua polémica con usted me da en este asunto gran libertad de movimientos. De un modo u otro venceremos. Luego seguiremos nuestra polémica". El trance va agravándose de modo paulatino. Ortega ataca de flanco con aquella agilidad inimitable: "Yo he conocido a otro hombre sumamente parejo a Kierkegaard y por esto conozco a éste muy bien... Aunque poseo grandes fauces de lector e ingurgito con impavidez las materias menos gratas, soy incapaz de absorber un libro de Kierkegaard. Su estilo me pone enfermo a la quinta página".

Ese dardo llevaba curare... Pero las cosas continuaron poniéndose al rojo:

"Una de las cosas que me parecen más simpáticas es un oso, mas cuando veo a un enorme oso del norte que prefiere a su dignidad de oso, a su dharma de oso, la pretensión de tener piernas ágiles y hábiles para la danza, siento repugnancia... Sospecho, además, dos cosas que someto a la senten-

⁴ Fue Ortega quien en "Sobre los Estudios Clásicos" asentó: "Dejo para una disputa que estoy componiendo contra la desviación africanista inaugurada por nuestro maestro y morabito don Miguel de Unamuno, la comprobación de este aserto mío: que el hombre nació en Grecia y le ayudó a bien nacer, usando las artes de su madre, la partera, el vagabundo y equívoco Sócrates". Sin mayores comentarios.

cia de los lectores alemanes más entendidos que yo en Kierkegaard: una es que se trata de ese eterno cristiano que no fundamenta su cristianismo en algo positivo, ingenuo y fresco, sino precisamente en el hecho de que la razón es algo limitado y trágico. Es decir, que ese cristianismo es mera objeción que presume de ser cosa positiva y vivir por sí. Mas toda objeción no es sino un parásito. Ese cristianismo se alimenta exclusivamente del presunto fracaso de la razón, se nutre de un cadáver. El hecho de que una cosa sea limitada y trágica no excluye de manera alguna que sea una incuestionable realidad, tal vez la *realidad*".

El desafío estaba en plenitud. Sabido es que Kierkegaard fue adorado por Unamuno al extremo de aprender su idioma para leerlo originalmente sin las horcas caudinas de la traducción. Ortega clava el estoque en el punto más vulnerable. Y con su habilidad dialéctica maneja la acometida incluso con ribetes de ridículo para su presunto contendiente. No ha cicatrizado ni cicatrizará la herida de Salamanca. Mas don José se ha encontrado con un rival de estirpe, también temible en el ataque, que adviene en modalidad inesperada.

UNAMUNO REACCIONA

Don Miguel escribe a Onís con un veneno mortal: "A Pepe Ortega (lo llama como a los novilleros, aclaramos) dale la enhorabuena y dile que si no le escribo directamente es porque no tengo nada objetivo que decirle y no quiero molestarle con mis arbitrariedades y querellas. Que Dios, el Dios del engaño le dé luces y fuerzas para engañar a sus discípulos con la filosofía e infundirles la suprema ilusión".

Y esto es, apenas, el exordio, porque a continuación viene la filípica:

"Y luego mi batalla contra nuestros pedantescos europeizantes. Por supuesto, a Maeztu no vuelvo a hacerle caso. Paso por todo, menos porque se insinúe malévolamente que mi posición obedece a servilismo al que manda, y se mienta y desfigure, atribuyéndome cosas que no he escrito. En los bajos ataques que ahora me dirige *La Correspondencia* miente como un bellaco. O es un incomprensivo absoluto. Le tiene sorbido el seso Ortega y Gasset con sus penderías kantianas. Este Ortega no ve sino ciencia por donde quiera. La moral es para él ciencia ética, y el arte y la poesía ciencia estética".

En nuestras latitudes, con frecuencia se asustan de algunas mínimas violencias verbales. Aquellos ilustres pensadores no se andaban por las ramas. Y eso que hubo quienes trataron de disminuir la intensidad de la batalla. Así Moreno Villa en charla con el rector de Salamanca:

"Porque es una lástima que anden ustedes a la greña. Ortega es un valor como lo es usted. Se quedó recapacitando un poco, hundida la barba en el pecho y enrojeciendo hasta por el cuero cabelludo. Al fin me contestó: Pero es de una soberbia... Mudó de conversación; me habló de los filósofos alemanes, en especial de Cohen con quien Ortega había estudiado, afirmando que su Ética, como de judío, era retorcida. Y para esto retorció sus facciones en una mueca de asco. Al día siguiente supe que había contado esta escena en su peña del café".

Don Miguel era hombre tremendo, cuya agonía no implicó jamás vencimiento sino lucha. Ortega era, en edad, menor. Incluso cuando fue a estudiar a Alemania, Unamuno, que fue siempre muy amigo de Ortega y Munnilla, le dio una carta para cierto coterráneo que allí residía, en que le llamaba "talentoso joven". ¡Todo había cambiado!

Y Unamuno no quitó, como vulgarmente se dice, el dedo del renglón:

"Y vosotros ahora, bachilleres Carrascos, del regeneracionismo europeizante, jóvenes que trabajáis a la europea con método y crítica... científicos. Haced riqueza, haced patria, haced arte, haced ciencia, haced ética, haced y más bien traducid sobre todo "Kultura" que así mataréis la vida y la muerte. ¡Para lo que ha de durarnos!"

Las alusiones saltan sin requerir mayores comentarios. Unamuno salió en defensa, no sólo de Kierkegaard sino de sus místicos españoles y de Agustín de Hipona, al fin africano... Aquello constituye uno de los pasajes batallones, con mucho de historia y no poco de enfrentamiento filosófico. De manera que ha llegado el momento de comenzar a extraer las inferencias, porque hasta aquí apenas nos hemos limitado a narrar los hechos en uno de los períodos más álgidos en la evolución intelectual hispánica, lustros posteriores a Ganivet, quien de plano afirmaría la urgencia de africanizar a España en un sentido muy peculiar.⁵

Lo relatado nos servirá para ir desarrollando perspectivas, pues las polémicas, como las guerras, dejan lecciones, a veces dolorosas, pero no por ello menos aprovechables.

ORTEGA PERIODISTA

Uno de los argumentos favoritos de los partidarios de Unamuno reside en la afición periodística de don José, que éste defendió muy brillantemente en cuanta oportunidad pudo. Veamos cómo iba esta otra fase de la disputa.

⁵ Fuera del *Idearium* la obra de Ganivet continúa en el más injusto olvido: su diferenciación entre filosofía vulgar y científica; la conexión entre las mismas; su

Era generalizada la convicción en los tiempos en que Ortega cubría con su personalidad y el prodigio de su palabra la Universidad de Madrid, que el Maestro traía de Berlín la piedra filosofal procedente de sus germanos profesores. Privaba en España cierto, diríamos, complejo de inferioridad, porque la Madre Patria carecía de un Kant, de un Hegel, de un Schopenhauer; de que se les dijese que Balmes era elemental y Menéndez y Pelayo un erudito, y entonces muchos vieron en Ortega al exponente capaz de llenar aquel vacío, tal vez no de darles una "Crítica de la Razón Pura" pero sí una obra de renombre internacional.

Pero don José, siguiendo las huellas de su señor padre, se dedicó intensamente a hacer periodismo, un periodismo superior al común desde luego, incisivo, aleccionador, poniendo su erudición y su bagaje filosófico en aquellas columnas, pero al fin periodismo. Y pasaban los años y Ortega en el periodismo o en la política, sin mengua de sus elevadas cátedras, sin que nunca llegase el anhelado libro cardinal, ese que pondría a España en el mapa del pensamiento sobresaliente.

Aquí —decían los descontentos— hay muchos y muy buenos periodistas. ¿Por qué don José se empeña en hacerles la competencia? ¿Por qué gasta su precioso tiempo en dirigir casas editoras? ¿Cuándo tendremos el nuevo *Discurso del Método*?

Ortega sostuvo siempre que el periódico era una tribuna y que muchos intelectuales no sabían apreciarla. Mas lo cierto es que no llegó a cuajar una obra fundamental, lo que se dice fundamental, independientemente de muchos de sus aportes que son innegables. La labor para muchos quedó trunca.

Este aspecto resulta un paréntesis en el tema que venimos sosteniendo. Unamuno también escribió mucho en revistas y periódicos, dentro y fuera de España. Incluso colaboraba sin descanso en *La Nación* de Buenos Aires, y ello sirvió para que prestara interés a los escritores latinoamericanos, cual trataremos luego. Pero de don Miguel, hecho en España, rector de Salamanca, con *El Sentimiento Trágico de la Vida en los Hombres y en los Pueblos* —que es el título cabal— y su síntesis *La Agonía del Cristianismo*, ese Unamuno con rasgos geniales, con sus *nivolas*, con sus intentos fracasados en un teatro demasiado introverso, demasiado profundo para que el público de entonces lo acogiera, de ese Unamuno exiliado primero en Fuerteventura y luego en París, donde coincidió con Blasco Ibáñez, de ese Unamuno de las plenitudes, no se esperaba lo del arriscado Ortega que venía de Alemania hablando de autores desconocidos: ¡He allí la diferencia!

filosofía de la historia y particularmente la de España; el senequismo hispánico; la influencia árabe; la antropología ganivetiana y tantos otros aspectos quedan en un claronegro, que es más bien oscuridad completa.

Ahora señalaremos otro episodio, por cierto no tan conocido, entre don José y don Miguel, cual si se diera la coincidencia o la disparidad de que se encontraran y siempre antagónicamente. Y pasamos a exponerlo. El enfoque de ambos era diametralmente distinto. Ortega buscaba la metáfora, el alarde literario, la cita oportuna. Unamuno, inmerso en sus obsesiones, iba al grano, a veces sin la menor retórica, o persiguiendo etimologías o mudando el uso de términos, a su personal manera. Dos técnicas diferentes, pero también dos visiones del mundo y de la vida.

Quizá en este contraste puede captarse con mejor calibre la disparidad de Unamuno y Ortega, por lo que respecta a la vivencia de su propia patria.

LA ANORMALIDAD DE ESPAÑA

Ortega declaró a *La Prensa*, de Buenos Aires, algo que iba a provocar otro incendio: que España era el pueblo más anormal de Europa...

Y le salió de inmediato al paso, Unamuno, con la réplica, intitulada "La Supuesta Anormalidad Española" —Revista *Hispania*, Londres, 1 julio de 1913— cálida, enhiesta y alterada:

"Nunca me he explicado la razón de por qué un joven español que viene de tierras donde el 80 por 100 de los intelectuales gastan lentes, por tener la vista estropeada, sean miopes o présbitas, u otra anomalía cualquiera, se han de poner también lentes teniendo la vista completamente normal". Y en seguida del proemio, vienen las interrogantes:

"¿Cuál es la medida de la normalidad? ¿Cuál la norma? ¿La posee el señor Ortega y Gasset? ¿La ve a simple y desnuda vista? ¿La ve a través de unos lentes comprados fuera de España y sin haber graduado la vista ni haber graduado los lentes?"

Sin duda, don Miguel era polemista de cuidado, pues continúa: "La filosófica audacia de afirmar que España es el pueblo más anormal de Europa quiso para él un Alonso Quijano, anormal también, pero sin antiparras, que mire a ojos desnudos a sus hermanos, a los que le rodean, y se vea en ellos, y que, sin necesidad de estudiar matemáticas, se meta a castigar a Juan Haldudo, y a libertar galeotes, y dar que reír a los idealistas. Hay quien prefiere a Alonso Quijano el Bueno; otros a don Quijote. Yo hubiera querido mejor que otra cosa un Alonso Quijano el Sabio. Es cuestión de apetitos".

Unamuno opone la *enormidad* de España a su supuesta anormalidad, positivamente indignado, en una requisitoria fulmínea:

"¿Quién se atreve a afirmar con nuestra historia pasada y presente a la vista desnuda, que no queremos ser sabios, ni justos, ni prudentes? ¿De qué

sabiduría? ¿De qué religiosidad? ¿De qué justicia? ¿De qué prudencia? Eso no cabe afirmarlo sino mirando a nuestra historia y a nuestra vida de hoy con antiparras ahumadas completamente ennegrecidas”.

Volvían a enfrentarse europeización contra españolización, en singular duelo. Por supuesto, Ortega tal vez pretendió distinguir a España dentro de Europa por sus caracteres, al viso de la España Invertebrada, mas Unamuno no entendía de tales empeños, él amaba su España, que además le dolía, y no le era posible permitir más que fuese enorme, así enorme.

Don José en 1921, el de la aparición de *España Invertebrada*, reiteró la anormalidad mentada, hasta llegar a concluir que “la historia de España entera y salvas fugaces jornadas, ha sido la historia de una decadencia”.

Y antes de escuchar de nuevo a Unamuno, oigamos a León Felipe, el del éxodo y el llanto que supo ganar la luz, en el prólogo a *Virgin Spain* de Waldo Frank —1941— con su tronante verbo:

“Sobre el tema de la decadencia de España ha caído un Iguazú, un Niágara de tinta. Algunos la situaban en la triste hora en que los Reyes Católicos, los reyes caseros, desgraciados en su descendencia, dejan el paso a las monarquías exóticas. Otros, en su irónica amargura, llegaban a preguntarse si tal decadencia no coincidía con el nacimiento mismo de España”.

Y Unamuno, por su lado, sin tregua ni reposo —en *El Sol*, 10 de marzo de 1932, retornando al meollo de la cuestión:

“Anormal, ya lo sabéis, es un vocablo híbrido —mestizo— de prefijo griego y tema latino. Lo propio latino que se hizo castellano, es: enorme. Enorme es lo que sale de la norma, lo anormal”.

Tal chocaron en la entraña de lo hispánico, Ortega y Unamuno, aquél con “Yo soy yo y mi circunstancia”, algo pasajero, efímero; éste, con sus dos amores, España y su esposa, Lola, su costumbre, como solía repetir. Don Miguel soñaba con lo eterno, porque “esclavos del tiempo, nos esforzamos por dar realidad de presente al porvenir y al pasado, y no intuimos lo eterno por buscarlo en el tiempo, en la historia, y no dentro de él” (*España y los Españoles*, p. 239).

LA ESCUELA DE MADRID

Otra discrepancia entre Unamuno y Ortega, es que el primero pregonó su verdad sin importarle forjar grupo, seguidores, fieles, mientras que el segundo, a la modalidad germana, se preocupó por tener discípulos y legar una Escuela, la Escuela de Madrid.

Los componentes de la Escuela matritense con Ortega de mentor, fue-

ron: Gaos, Zubiri, Recaséns, Zaragüeta, García Morente y Ramiro de Maeztu. Después muchos han querido incorporarse, algunos por entusiasmo, otros por lograr algo del resplandor, aquél por sincera admiración a don José, éste con fines de propaganda, pero los mencionados constituyeron el núcleo originario.

Resulta de bulto que la galaxia emergía bastante heterogénea: Zaragüeta venía ya de Lovaina, hecho en la mentalidad del cardenal Mercier. Ahora ocupa alto cargo eclesiástico, dada su preparación y méritos. Podríamos calificarlo de neoescolástico.

García Morente comenzó neokantiano, siguiera en corto lapso orteguista y luego, ya sacerdote, tomista. Pero hay aquí algo de alto quilate filosófico:

Gonzalo Fernández de la Mora en el número-homenaje a Morente de *Estafeta Literaria* —13 enero 1968— en “El lugar intelectual de Morente” declara:

“En 1924, Ortega publicó su artículo *Reflexiones de Centenario*, decepcionante para ser leído hoy, pero que debió producir cierta impresión en Morente, ya seducido por la brillantez de su amigo y colega de claustro. Allí se llamaba al kantismo *la inútil precaución*, es decir, se le aplicaba el subtítulo de la pieza de Beaumarchais “El Barbero de Sevilla”; este frívolo e impropio gesto revelaba un despectivo deshauicio del kantismo”.

Luego Fernández de la Mora se pregunta si fue tan intensa en Morente la huella de Ortega como la de Kant, y responde: “Por lo pronto fue mucho más corta, apenas un decenio; y, por añadidura, epidérmica. La clave para medir la actitud de Morente ante el raciovitalismo se encuentra en la última de las *Lecciones Preliminares de Filosofía* (1939) a cuyo texto taquigráfico su autor no tuvo ocasión de dar su último pulimento”.⁶

Estamos siguiendo a Fernández de la Mora, a la letra: “Dicha lección se titula *Ontología de la Vida*. Era el gran tema de Ortega y, sin embargo, aunque Morente cita a su compatriota reiteradamente, monta la exposición sobre Heidegger. Corría el año de 1938, y para Morente, que conocía los cursos y las tertulias de Ortega, no podría ser un secreto lo que después de la publicación póstuma de *Unas Lecciones de Metafísica* (1965) ya es una evidencia crítica, a saber, que los elementos totales del programa raciovitalista —Ortega no llegó a elaborar un sistema— son préstamos heidegge-

⁶ Las “Lecciones Preliminares de Filosofía” por Morente, adoptadas como texto casi en todos los planteles de México, allá por 1939, cuando comenzábamos a enseñar dicha materia, han hecho mucho mal. Metáforas, inexactitudes, elegancias de conferenciante en vez de tesis ceñidas a la disciplina y al método campean en ese libro que tuvo singular y para nosotros, ahora que algo sabemos de filosofía, inexplicable fortuna.

rianos. Morente es definitivo en su justiprecio cuando, al llegar al nudo de la cuestión, olvida las metáforas orteguianas, y se remite pura y simplemente a la tesis de Heidegger".

Como estamos íntegramente de acuerdo, sin reserva alguna con lo anterior, cabe sostener como ya lo hicimos en otro momento que Morente nunca fue verdadero discípulo de Ortega. Ahora Zubiri, el imponderable Xavier Zubiri:

Paulino Garagorri —actual secretario de la nueva *Revista de Occidente*— nos aclara en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, abril, 1966:

"Por una parte Zubiri ha manifestado reiteradamente cuánta es su gratitud hacia el maestro y amigo cuya docencia le inició en la filosofía moderna y en la problemática de la filosofía, y, a mi entender, no hay mejor introducción al pensamiento de Zubiri que el conocimiento de la filosofía de Ortega".

Esto, en buen romance, deja a Ortega en plan de propedéutica, impidiendo la maestría auténtica. Y no se precisan mayores comentarios al respecto. Ahora, Gaos:

La periodista Teresa Alvarenga en *Índice*, Madrid, julio 1959, nos ofrece unas declaraciones de Gaos, infaustamente desaparecido hace poco para desgracia de la enseñanza filosófica en la UNAM, por cierto un hallazgo porque las declaraciones del ex-Rector de la Universidad matritense fueron contadas:

A la interrogante ¿Está adscrito a algún sistema filosófico? respondió: "Desgraciadamente no estoy dentro de ninguno. ¿Por qué desgraciadamente? Porque quizá fuera una solución. Mi postura, no obstante, es definida: soy un escéptico metafísico; sin embargo, creo en ciertos valores, por ejemplo, en la bondad. Mi posición es de un nuevo kantianismo. Esto lo expongo claramente en un libro que se llama *De la Filosofía*".¹

De manera que, en resumen, tal vez el último reducto del raciovitalismo sean los esfuerzos de Recaséns Siches por trasladar las ideas de Ortega a la filosofía jurídica.

LA OBRA DEFINITIVA

Unamuno vivió agónicamente, pero en él eso significaba bregar, ir contra la corriente, tener alma de su pueblo, amar esos Cristos lívidos, escuálidos, acardenalados, sanguinosos.

¹ En esa misma entrevista le preguntaron a Gaos: ¿Se puede hablar de un sistema filosófico en Ortega?, y respondió: "Sistema filosófico en sentido clásico, no; pero sí hay un sistema de ideas filosóficas. El tiene una visión del mundo, porque aun cuando, como Dilthey, no publicó nada con ese propósito, no deja por ello de exis-

El hombre unamuniano no es el bípedo implume de la leyenda, ni el *zoon politicón* de Aristóteles, ni el contratante social de Rousseau, ni el *homo oeconomicus* de los manchesterianos, ni el *homo sapiens* de Linneo, ni el mamífero vertical —así comienza "Del Sentimiento Trágico de la Vida"—: "el nuestro es el otro, el de carne y hueso; yo, tú, lector mío; aquel otro de más allá, cuantos pesamos sobre la tierra".

Allí está don Miguel de cuerpo y alma enteros... A él le preocupaba la eternidad, no dejar escuela ni extender teorías. Su obsesión serán la vida y, sobre todo, la muerte. El hombre, tú, yo, aquél.

En *Mi Religión* — fechada en Salamanca, noviembre 6 de 1907— encontramos una magnífica clave: "Hay amigos y buenos amigos, que me aconsejan me deje de esta labor y me recoja a hacer lo que llaman una obra objetiva, algo que sea, dicen, definitivo, algo de construcción, algo duradero. Quieren decir algo dogmático. Me declaro incapaz de ello y reclamo mi libertad, mi santa libertad, hasta la de contradecirme si llega el caso. Yo no sé si algo de lo que he hecho o de lo que haga en lo sucesivo habrá de quedar por años o por siglos después de que me muera; pero sé que si se da un golpe en el mar sin orillas las ondas en derredor van sin cesar, aunque debilitándose. Agitar es algo. Si merced a esa agitación viene detrás otro que haga algo duradero, en ello durará mi obra" (Colec. Austral, Madrid, 1964).

Unamuno poseyó ansias de eternidad: "¡Y Dios no te dé paz sí gloria! El hombre Kant no se resignaba a morir del todo. Y porque no se resignaba a morir del todo, dio el salto aquél, el salto inmortal de una a otra crítica. Hegel hizo célebre su aformismo de que todo lo racional es real y todo lo real es racional; pero somos muchos los que, no convencidos por Hegel, seguimos creyendo que lo real, lo realmente real es lo irracional; que la razón construye sobre irracionalidades. Hegel, gran definidor, pretendió reconstruir el universo como aquel sargento de Artillería decía que se construyen los cañones, tomando un agujero y recubriéndole de hierro. Y el hombre, esta cosa, ¿es una cosa? Por absurda que parezca la pregunta, hay quienes se la han propuesto. Anduvo no ha mucho por el mundo una cierta doctrina que llamábamos positivismo, que hizo mucho bien y mucho mal. Y entre otros males que hizo fue el de traernos un género tal de análisis que los hechos se pulverizaban con él reduciéndose a polvo de hechos.

tir esa concepción". En cuanto a nuestro antiguo maestro Recaséns Siches, a quien debo el prólogo de mi primer libro, *Datos de Sociología* —Tip. La Unión, San Salvador, 1946— él siempre se declaró discípulo de Ortega, aunque desconozco su posición a estas alturas. De todas maneras aprovecho la oportunidad para rendirle el homenaje que se le debe porque nos estimuló generosamente en los años de formación.

Lo más de lo que el positivismo llamaba hechos, no eran sino fragmentos de hechos".

Esto en las primeras páginas "Del Sentimiento..." revela hasta dónde los cardinales problemas existencialistas están de carne viva en Unamuno, a quien cabe colocar, sin desdoro, al par de Kierkegaard, Heidegger, Jaspers y Chestov, porque lo consideramos muy superior a Sartre.

La agonía unamuniana reside en la antigua e irresoluble pugna entre razón y fe, entre fe y razón: "Filosofía y razón son enemigas entre sí, y por ser enemigas se necesitan una a otra. Ni hay religión sin alguna base filosófica, ni filosofía sin raíces religiosas; cada una vive de su contraria. La historia de la filosofía es, en rigor, una historia de la religión". (*Del Sentimiento...* p. 118).

Independientemente de que le disgustaría muchísimo a don Miguel que le achacáramos cierto hegelianismo por aquello de tesis y antítesis en busca de síntesis, mientras Ortega jamás tomó ni siquiera en serio el problema de Dios. Así nos relata en *El Espectador* que un niño a quien se dijo que Dios estaba en el cielo, repuso que entonces Dios tendría pico como los pájaros, añadiendo que, según la concepción dogmática, no estaba descartada tal posibilidad...

Nietzsche llamó a Jesús *ladrón de energías*; don José más sutil se burla de la sagrada figura como al escribir que Cristo "sabía recibir las bofetadas en silencio, con lo que nos enseñó la virtud de la humildad". Y Unamuno con su inmenso poema: "Lo amaba, lo amaba, no fue sólo milagro del genio..." Otro contraste abismal.⁸

AHORA LOS LATINOAMERICANOS

Unamuno, tal vez por la prosapia indiana, estuvo siempre atento a esta América nuestra y no sólo por sus colaboraciones en *La Nación* bonaerense. Antes de Unamuno, apenas Menéndez y Pelayo lo mismo que don Juan Valera—quien le dio el espaldarazo a Darío al salir *Azul* en aquella memorable "Carta Americana"—nos habían tomado algo en cuenta.

Don Miguel sostenía puntos fundamentales con respecto a nosotros: "Desde que el castellano se ha extendido a tierras tan dilatadas y tan apartadas unas de otras, tiene que convertirse en el idioma de todas ellas, en la lengua española e hispánica en cuya continua transformación tengan tanta participación unas como otras".

⁸ En *Metafísica de la Muerte* —Ed. Augustinus, Madrid, 1965— el doctor Basave Fernández del Valle realiza un extraordinario análisis del tema, vedándome la amistad y el aprecio insistir en mayores calificativos.

Muchos autores, especialmente sudamericanos, comentó y elogiará don Miguel, y los latinoamericanos le pagamos en el oro de buena ley del agradecimiento, porque a don Miguel le rodearon, con admiración y simpatía: Reyes, Arguedas, los García Calderón, Zaldumbide... sabiéndole muy nuestro.

En contraste, Ortega a excepción de su viaje y luego estancia en Buenos Aires, donde tuvo el privilegio de la amistad que le brindara la gran Victoria Ocampo, nos mantuvo en el olvido, y apenas se ocupó de estas latitudes, intelectualmente hablando. Dijo alguna vez que Francisco Romero, español nacionalizado argentino, palabra más o menos, era el único que valía desde el Bravo hasta la Patagonia, cuando Keyserling, en sus *Meditaciones Sudamericanas* manifestó, sin ambages, que el representativo continental del pensamiento era nuestro Vasconcelos, ese sí Maestro de América.

Hay algo singular y poco conocido. En la correspondencia entre don José y Victoria, *Revista Sur* (sept.-oct., 1965), un dato muy significativo:

"García Morente nuestro decano de la Facultad de Madrid y como sabes, aunque de mi edad, discípulo mío, ha recibido el cargo de dos cátedras en la Universidad de Tucumán, donde quieren crear una Facultad de Filosofía y Letras. Se va dentro de un par de semanas. Ha sido una idea excelente y hará una labor formidable de organización. El ha sido quien ha fraguado la nueva Facultad nuestra en Madrid, la cual ahora que no existe, me atrevo a decir que era una verdadera maravilla en ciertos aspectos, algo hoy sin par en todo el mundo. Me temo, sin embargo, que allí tropiece con algunas dificultades porque, aunque enérgico es demasiado ingenuo y bueno. *Manejar criollos no es cosa fácil.*⁹

Tal subrayamos la última frase, que no tiene desperdicio. Unamuno nos consideraba españoles por el alma. Ortega difíciles de manejar y eso los criollos, nada digamos de los mestizos o de los indios... Don Miguel nos defiende el antiespañolismo que se atribuye a los latinoamericanos, derivado de las proclamas de los insurgentes, inferidos de discursos pronunciados al calor de la contienda independentista, al decir: "Pero quién va a dar más que valor convencional y del momento a todo aquello del feroz despotismo, de los crueles españoles, bandas de tártaros y otras explosiones retóricas propias de las proclamas".¹⁰

⁹ Hay otro párrafo en dicha carta: "Ramón me escribe. Parece desesperado de su situación ahí tanto por su situación económica como por la falta de ambiente". Sin embargo, de la Serna se quedó lustros en Buenos Aires.

¹⁰ El pensamiento vasconceliano lo desarrollamos, aunque apenas en algunos de sus aspectos, en *Gavidia, el Amigo de Darío*, T. I. Ministerio de Educación, San Salvador, 1965.

No queremos terminar estas líneas sin aquel soneto "La Razón y la Fe" de don Miguel:¹¹

—Hay que ganar la vida que no fina
con razón, sin razón o contra ella...

¹¹ A Unamuno le interesaban de verdad nuestros exponentes: "Desde las obras del género que podemos llamar gauchesco, el *Martín Fierro*, el *Fausto*, el *Santos Vega*, pasando por las novelas de Gutiérrez, y hasta llegar a los últimos cultivadores del criollismo, ya refinado y depurado, cree que conozco lo principal que ahí se ha escrito pintando un mundo que se fue y que acaso no fue nunca tal y como nos lo pintan. He sumergido también mi atención en las obras históricas, empleando horas en leer al general Paz, a Sarmiento, a López, a Estrada, a Saldías, a Juan Agustín García, a Pelliza, y, por último, me he detenido en trabajos de la índole de *La tradición nacional*, del doctor González, o de *Nuestra América*, del doctor Bunge, con ser tan distintos el uno del otro". (*Mi Religión y otros Ensayos breves*, Colecc. Austral, Madrid, 1964, p. 36).

La ética puede fundamentarse en las mismas normas o en principios morales. La ética puede fundamentarse en las mismas normas o en principios morales. La ética puede fundamentarse en las mismas normas o en principios morales.

TEORÍA GENERAL DEL CONOCIMIENTO ÉTICO

DR. ISMAEL DIEGO PÉREZ

Concepto de la Ética

ANTES DE ESTABLECER una Teoría del Conocimiento Ético, trataremos de fijar un concepto de la Ética.

La Ética se origina por el conocimiento de la realidad moral y por la presencia en el hombre de los hechos morales en el contacto o experiencia de la vida, y de ahí nace una reflexión sobre la moral.

La experiencia moral se hace mucho mayor con el desarrollo de la vida y el trato con personas de origen nacional o étnico diferentes. De este conocimiento reflexivo podemos ascender hasta el conocimiento de una Filosofía moral, que puede tomar varias interpretaciones, según el método empleado o el alcance y finalidad propuestos. Algunos filósofos positivistas han pretendido fundamentar la moral en lo que llaman ciencia de la costumbre.

La observación de la vida humana, tanto individual como en grupos nacionales, sirve de fundamentación por la experiencia de los hechos, de una ciencia moral positiva, con reglas, leyes, fenómenos o conclusiones prácticas, tal como se hace en la Física, la Química o la Biología.

Pero esta ciencia de la moral deja fuera de su estudio a los fundamentos teóricos de la moral o a la moral como experiencia subjetiva, en que podría fundamentarse una Filosofía idealista de la moral.

Sería lo mismo que en una Metafísica pura, no alcanzable su conocimiento o sus categorías espirituales por los métodos habituales de la razón humana y en que nos viésemos obligados modestamente a establecer esa Metafísica pura por las expresiones o las manifestaciones de los seres capaces de vivencias metafísicas. Ese fue el recurso de la fenomenología al establecer la vía dionisiaca para el conocimiento metafísico.

Este método reconoce la limitación del pensamiento humano, y por lo que conocemos, podemos establecer las realidades o categorías que no conocemos.